

Me preparé para faena tan alta como era razón que lo hiciera; pero no sé si acerté siempre... El resultado de nuestros esfuerzos ha sido la rebelión de Belial: la bestia, al ver que se la buscaba hasta en la cueva en que habita, ha salido lanzando bramidos espantosos y esparciendo el terror por todas partes.

Nos hemos defendido, pero ;con qué dificultades! Y mientras tanto, el pobre pueblo por quien trabajamos, se halla agotado, sin vigor, casi moribundo... No pueden ustedes figurarse los cargos que me hago á mí mismo cada vez que miro las propiedades destruídas, los hombres muertos, la agricultura abandonada, la desolación por todas partes. Entonces me digo: ¿acaso no debemos ser menos intransigentes, menos vigorosos y más contempORIZADORES, á fin de atraernos á los contrarios, que al fin y á la postre son mexicanos y nada más que mexicanos?... Porque, vamos á ver: ¿Qué es lo que constituye el fondo de nuestro credo?...

Aquí tomó aire el jefe, se levantó de la mesa, se alzó los anteojos oscuros y comenzó á dar paseos en la habitación hasta que, calmado nuevamente, se sentó de golpe en la silla de paja, y arrimando un botellón de barro rojo, se sirvió agua en un vaso y empezó á beber sorbitos.

— ¿Cuál es, siguió, el fondo de nuestro credo? Unos piensan que para ser liberal se necesita haber espan-



Aquí tomó aire el jefe, se levantó de la mesa, se alzó los anteojos..



zurrado como *mínimum* un centenar de frailes; opinan otros que basta con una docena, y algunos pocos creemos que se puede ser liberal sin haber escabechado á nadie. Pero en lo que todos están conformes es en que el gobierno del pueblo, su representación en Cámaras y Congresos es la base de un gobierno liberal...

Todos le miramos extrañados y creyendo haber oído mal; pero el jefe, sin parar la atención en nosotros, continuó así:

— El derecho de que cada quien adore á Dios según el dictado de su conciencia, la prerrogativa de no ser perseguido por razón de opiniones, la necesidad de que no haya ley, autoridad ni corporación que juzguen la conducta interna; en suma, la tolerancia civil y religiosa, es de seguro otra de las garantías por que hemos propugnado.

Don Santos se excitaba, parecía alterado y nervioso. El vaso le temblaba entre las manos y le repiqueteaba en los dientes; el color se le había vuelto ligeramente rosado, la facies hipocrática le había desaparecido y la voz sonaba tan amplia, entera y briosa como la de un joven sano.

— Si á esas garantías añadimos la de que en todo tiempo esté el poder civil por encima de todos los poderes; que se desvincule la propiedad raíz y que en fin se cumplan todos y cada uno de los principios de las Leyes de Reforma, creo habremos ganado en lo substancial sin



eternizar esta guerra cruenta que tan cara nos está costando.

¿Qué importa la Constitución de 57? ¿Qué importa la persona de Juárez?

Oír aquello de boca de Degollado me produjo sorpresa tan grande como la que me habría causado ver á Satanás haciendo la señal de la cruz; pues en mi concepto habíamos luchado, muerto gentes y ensangrentádolo todo únicamente por alcanzar el predominio de aquel Código. Si nosotros mismos consentíamos en que se derogara, de hecho dábamos el triunfo á los contrarios; y aunque ellos nos acordaran todas las ventajas imaginables, aquella sola que nosotros les proporcionáramos equivaldría á la ruptura de nuestro símbolo, de nuestras tradiciones, de nuestras ideas y de nuestros usos.

Pero mayor fué nuestro asombro cuando el General nos relató la parte práctica de su plan, que consistía en la instalación de una junta compuesta de los ministros extranjeros, y en la convocación de un Congreso que nombraría Presidente provisional de la República. A cada una de aquellas cosas, no podía menos de exclamar para mi capote:

— Que te despeñas, pobre General; que te engaña tu afán de obtener la paz; que sin quererlo das el triunfo á los otros; que contra tu voluntad vas á conseguir eternizar la guerra, que es lo opuesto á lo que pretendes...

Cada vez más excitado, siguió hablando largamente, pródigamente, con profusión de detalles, tratando de probar cada una de las cosas que había asentado. Por fin, nos dijo que estaba tan encariñado con su plan, que acababa de mandarlo á González Ortega, advirtiéndole que si á él y á los demás jefes no les acomodaba el modo de pensar del proponente, se prepararan á elegir un nuevo General, pues él no podía seguir siéndolo.

Luego empezó á leernos las cartas de respuesta. La de González Ortega era respetuosa y comedida: deploraba hubiera adoptado el jefe aquella determinación, y advertía que no elegiría General ninguno, sino que aguardaría lo que dispusiera el Gobierno. Zaragoza insultaba á Degollado, declaraba que no le obedecería más, y hacía saber que mientras el Gobierno designaba un nuevo jefe del ejército, él no acataría más voluntad que la de González Ortega.

Aramberri desconocía también á Degollado, pero su carta era breve y concisa.

Doblado hacía mención de todos los servicios de don Santos á la causa democrática y le anunciaba daría su voto reprobatorio á cuanto proponía el antiguo jefe de los liberales.

La carta de Leandro del Valle era larga, hermosa y noble. Con firmeza y claridad reprobaba el proyecto de don Santos; pero trataba á éste con tanto comedimiento,



hacía tan cumplida justicia á sus méritos, valoraba tan exactamente los móviles que le habían impulsado al paso que daba, que todos nos sentimos conmovidos cuando oímos leer aquella pieza.

Y así seguían las respuestas: la de Ogazón, fría y dura, la de Huerta, corta y enérgica, y las de todos los demás jefes unánimes en reprobar el plan; pero unánimes también en sentir ese paso del jefe querido y respetado.

Todos comentábamos aprobando ó reprobando, pero don Santos callaba. Sólo dos cartas le hicieron quejarse, porque eran indignas de Degollado é indignas de los que las firmaban: Vallarta y Prieto.

«Ha concluído usted como empezó, decía Vallarta; sacristán fué y sacristán será; nada más natural, pues, que busque el auxilio de los sacristanes.»

— Quizá no acabe ese rojo, glosó el General, más piadosamente que este sacristán.

«No tiene nombre tu ingratitud con Juárez, que te sacó de la nada, escribía Guillermo. No mereces que te dé la mano ningún liberal honrado.»

— En cambio, dijo amargamente don Santos, yo le he dado á él no una, sino las dos manos. ¡Cómo ha de ser!

Permaneció perplejo y como amilanado el General mientras nosotros, volviéndonos lenguas, poníamos notas y apostillas á las cartas. Al fin levantó la cabeza y dijo:

— Ustedes comprenderán que no es posible que con-

tinúe al frente del ejército, pues aparte de las mil razones que tendría para no mandar más soldados, no me consentirían que siguiera haciéndolo las disposiciones de mis antiguos subalternos. Aguardo de un momento á otro la orden de Juárez para presentarme ante un consejo de guerra; pero mientras llega, nadie me puede impedir que luche por la libertad. Me reuniré con el primer jefe liberal que encuentre á mi paso, serviré á su lado como subalterno, iré á donde se me mande á depurar mi conducta.

Al día siguiente salimos de Lagos para Quiroga, donde debíamos dejar al jefe.

